

MÁLAGA, CIUDAD ILUSTRADA

Francisco Cabrera Pablos



SIN duda alguna, la llegada del siglo XVIII permitió un desarrollo sin precedentes en la historia de los pueblos, con acontecimientos de una especial relevancia.

Los ciudadanos presenciaron sorprendidos la independencia de los EE.UU. de América y la aparición de la primera declaración de derechos del hombre; asistieron al fin del Antiguo Régimen como sistema político en la Francia Revolucionaria; se vieron desbordados por los avances de la ciencia y de la cultura en Europa con la llegada de la Ilustración. También participaron asombrados del espectacular cambio técnico, tecnológico y económico surgido de la Primera Revolución Industrial.

La vida de los pueblos sin duda cambió. De una injusta estructura estamental pasaron a una sociedad de clases tan enfrentadas como antagónicas. Se afianzó el regalismo de algunos monarcas frente al poder de la Iglesia. Los avances en Medicina permitieron disminuir la virulencia de algunas de las epidemias más dañinas, propiciando un crecimiento demográfico sin precedentes en la historia del hombre. Los caminos se hicieron más seguros; los puertos, más capaces; las ciudades, más humanas. Nacieron paseos y alamedas. Se edificaron museos y jardines botánicos. Se crearon Academias, Consulados, Sociedades Económicas de Amigos del País,...

En la evolución del pensamiento, la filosofía de Kant superaba al fin planteamientos tan antagónicos como los existentes entre el racionalismo cartesiano, el empirismo de Locke y Hume y el inmaterialismo de Berkeley.

Los avances en todas las disciplinas fueron espectaculares, tanto que los historiadores reconocemos al Dieciocho como el Siglo de las Luces.

Málaga en los inicios del siglo XVIII

Desde luego, Málaga no permaneció ajena a las profundas transformaciones experimentadas. Nuestra ciudad era entonces una urbe cosmopolita y marinera de charranes de playa vivos de lengua y prestos de

mano; soldados y presidiarios esperando el embarque hacia las plazas norteafricanas; palanquines, mercaderes, cónsules extranjeros, familiares del Santo Oficio,...

Y todo ello, mientras las carretas de bueyes, cargadas de "piedra de zarpa" hasta los topes, recoman los caminos de una urbe vieja y grande en el tiempo hacia las interminables obras de su puerto. Y todo ello, mientras nuestra singular Catedral veía levantarse hilada a hilada la barroca fachada e iniciar al fin su única torre, manca de la otra desde entonces.

El Guadalmedina fue también merecedor en aquellos años de estudios detenidos. Tampoco olvidamos el sistema defensivo, esencial en aquellos tiempos de beligerancia contra el inglés, ni los aportes de agua potable a la ciudad, destacando el proyecto denominado Puente del Rey a comienzos del mismo siglo.

Podemos, por lo tanto, concluir en este apretado resumen, que las obras públicas malacitanas y la misma ciudad experimentaron un indiscutible avance bajo el reinado del primero de los Borbones. La llegada al trono de Fernando VI en 1746 propició además un largo período de paz de la que tan necesitada estaban los españoles, empobrecidos por los inacabables enfrentamientos del Diecisiete y la posterior guerra de Sucesión.

La ciudad ilustrada: imágenes, estrategias y proyectos

El siglo avanzaba y así, en el cabildo extraordinario celebrado en Málaga el 7 de septiembre de 1759, una carta de la reina gobernadora informaba a los ciudadanos del fallecimiento del rey. Días después, finalizados los lutos, el Ayuntamiento procedía a levantar el pendón de Carlos III organizando las celebraciones de rigor.

Este monarca fue providencial para el desarrollo de nuestra ciudad. En 1778 promulgaba los decretos que liberalizaban el comercio con América. Rompía así el tradicional monopolio de la Casa de Contratación autorizando al puerto malacitano, entre otros tantos, a mantener intercambios comerciales directos con las Indias. Estos decretos tuvieron en España una singular trascendencia fomentando la agricultura, la industria y la navegación. La apertura de nuevos mercados pretendía además aumentar los beneficios de la Real Hacienda, activar la economía y disminuir prácticas ilícitas como el contrabando. No obstante, el tráfico marítimo directo hacia las tierras indianas resultó aquí menos relevante de

lo esperado: sabemos que eran los barcos catalanes en ruta hacia América los que completaban sus fletes en este puerto, y poco más.

También constatamos cómo los movimientos ilustrados desde dentro y desde fuera de Málaga propiciaron éstas y otras iniciativas sin duda importantes: en el mes de enero de 1776 se aprobaba el *Reglamento para Monte Pío de Socorro a los Cosecheros de vino, aguardiente, pasa, higos, almendra y aceite del Obispado de Málaga*. En ese mismo año nació el Colegio de Abogados y algo después el Banco de San Carlos, lo que junto al comienzo de las obras de nuestra singular Alameda constituyeron elementos sustanciales del desarrollo malagueño.

La dura sequía de 1780 impulsó a un obispo igualmente ilustrado, don José Molina Lario, a buscar nuevos abastecimientos en la parte alta del Guadalmedina costeando las obras de sus propias rentas. En 1785 se creaba un Consulado del Mar y en el verano de ese mismo año, el rey regulaba en nuestro país el libre ejercicio de las Bellas Artes, evitando los abusos que en tal sentido cometían algunos gremios.

La fundación del Colegio de San Telmo y construcción de la Aduana fueron también logros importantes en la Málaga de finales del siglo XVIII. Sin embargo, las gestiones realizadas para fundar una Academia de Medicina no lograron su objetivo, a pesar de las importantes gestiones que en tal sentido se realizaron.

La Catedral, por desgracia, paralizaba sus obras a partir de 1782, faltas un tanto de interés y un mucho de dinero.

Una ciudad, un puerto y un río

Los muelles malagueños fueron objeto bajo el reinado de Carlos III de numerosos y detenidos estudios, dado que la historia malacitana se desarrollaba en torno al tráfico de buques. Málaga se convirtió en aquel tiempo en una de las localidades más importantes del Mediterráneo occidental y por sus exportaciones marítimas en la tercera de las hispanas detrás de Cádiz y Barcelona.

La llegada al trono del Monarca ilustrado supuso el relanzamiento de los estudios portuarios, los cuales pretendían resolver de manera definitiva la tradicional falta de profundidad que presentaba la dársena y que constituía un serio problema para la navegación. Bajo su reinado se sucedieron análisis con distintas estrategias referidas a cómo resolver la cuestión señalada, sabiendo que tenía su origen tanto en la dinámica litoral



“Vista del Puerto de Málaga” en 1838 por L. Haghe.

de sedimentos marinos como en los depósitos aluviales del cercano Guadalmedina, cuyos acarreo resultaban considerables con cada inundación.

Al fin, tras numerosas consultas, el rey decidió detener las obras de los muelles optando por resolver primero los inconvenientes de los acarreo del Guadalmedina con la construcción de unos paredones, los cuales empezaron a levantarse en el siglo XVIII.

La dinámica litoral de sedimentos marinos permitió, como decíamos, el nacimiento de la Alameda. Hacia levante del muelle viejo, también se procedió a la urbanización del arenal que iba quedando libre de las aguas. Ambas reformas resultaron muy significativas en la Málaga finisecular, la cual se configuraba ya con una estructura urbanística sólidamente asentada y unas zonas de expansión claramente definidas.

En resumen, ésta era la ciudad ilustrada. Por sus callejuelas medievales, encaradas al azul Mediterráneo, deambulaban capitanes de Liorna y patrones de Marsella, corsos franceses y esclavos berberiscos, mendigos y "vagamundos", escribanos y picapleitos, médicos y sangradores. También diputados de navios..., y pasajeros preparando su embarque...; y navieros controlando sus fletes...; y marengos..., y

(ralladores..., y jabegotes..., y vida..., sobre todo vida, siempre relacionada con la mar y con su puerto.

Málaga, la ciudad posterior

Y terminamos. Sócrates afirmó en una ocasión que la vieja Atenas era como un caballo dormido y que él, cual perseverante moscardón, lo único que pretendía era despertarlo de su letargo. Por fortuna, no es el caso de nuestra ciudad, que en estos últimos años ha experimentado un interés cultural indudable y una preocupación creciente por la conservación de su patrimonio.

Sin embargo, también yo quiero acabar mi discurso siendo, si me permiten ustedes la burda expresión, un "moscardón socrático" en esta Málaga de hoy que también pretendemos ilustrada. Mi única disculpa para cometer tan atrevida osadía es que me duele hondo una ciudad que destila historia por cada uno de los poros de sus piedras centenarias.

Además, creemos que nuestro papel como historiador debe seguir el camino marcado hace cuatro siglos por don Miguel de Cervantes, el cual exponía que los ocupados en tales oficios serían:

...puntuales, verdaderos y nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia...

Por todo ello, aplaudimos sinceramente un proyecto museístico tan importante para el desarrollo de Málaga como el que albergará la obra del universal Picasso, el cual pronto será una espléndida realidad en esta *Ciudad del Paraíso*.

También nos congratulamos de los cercanos acuerdos sobre el uso y destino de la Aduana, los cuales harán posible un deseo sin duda compartido: que el Museo de Bellas Artes pueda mostrar en dicho palacio y en un tiempo razonable tantas obras excepcionales, que aún hoy permanecen ocultas a la retina de los hombres.

De igual forma, apoyamos la intención de nuestras instituciones de acometer la total recuperación del convento de la Trinidad. Estamos absolutamente seguros que una sociedad trimilenaria como la nuestra no será nunca tan descuidada con su historia como para permitir la lamentable pérdida de estos monumentos extraordinarios.

Nuestro ilustrado amigo, el Excmo. Sr. Cabra de Luna, afirmaba que esta ciudad ha sido en muchas ocasiones maltratada por incomprendida e ignorada. Recogía la frase de Pedro Salinas, *hay que querer querer*, para sentenciar en un acto volitivo que a Málaga tenemos que querer quererla. Hoy retomamos aquella frase cierta porque pensamos, además, que es posible quererla.

Y porque es posible, hagamos una urbe culturalmente vertebrada, crisol de culturas y civilizaciones, que transforme la vida de los ciudadanos, al igual que ocurriera en aquella Málaga ilustrada de imágenes, estrategias y proyectos de hace doscientos años a la que nos hemos acercado con extraordinaria brevedad.